

Una generación que vive una mezcla de expectativa y frustración

Dilemas y desafíos del movimiento estudiantil

por Colomba Tobar Núñez*

Muchos jóvenes perciben la política como un espacio distante o ineficaz. Frente a ello, el movimiento estudiantil debe ofrecer una experiencia democrática concreta: espacios de deliberación reales, decisiones colectivas y participación sustantiva. La democracia no puede ser una abstracción; se aprende ejerciéndola.

Referirse hoy al porvenir del movimiento estudiantil exige, antes que todo, reconocer el momento complejo que atravesamos. No es posible proyectar horizontes sin comprender los precedentes de la actualidad que sobrellevamos: la violencia al interior de los establecimientos, la creciente criminalización de las y los estudiantes, la desconfianza hacia las autoridades y, como consecuencia directa, la desafección política de buena parte de nuestros pares. Este escenario no puede analizarse de manera aislada; es expresión de una crisis más profunda que atraviesa a la educación pública y a la institucionalidad democrática en su conjunto.

Durante años, el movimiento estudiantil fue presentado como un actor disruptivo, capaz de interpelar las bases estructurales del modelo educativo chileno. Sin embargo, en el presente pareciera predominar una narrativa distinta: se nos acusa de conformismo o de carecer de propuestas. Esta crítica, repetida con ligereza, omite una cuestión fundamental. ¿Cómo exigir propuestas complejas si a las y los estudiantes no se nos

enseña el funcionamiento del sistema de financiamiento, la arquitectura institucional de la educación pública o los mecanismos de toma de decisiones? ¿Cómo superar la consigna si se nos excluye deliberadamente de la discusión estructural?

El desafío, entonces, no es solo responder a esa caricatura, sino transformar sus condiciones de posibilidad. Como representantes estudiantiles, tenemos la responsabilidad de guiar el movimiento hacia un horizonte más propositivo, empaparnos del sistema que muchas veces nos aqueja y comprender que, si tras la demanda no se construye propuesta, el vacío puede ser ocupado por soluciones regresivas. No basta con denunciar; debemos disputar el diseño mismo de las políticas públicas.

Obsesión por indicadores

Esto implica abandonar la reducción del "gigante estudiantil" a demandas fragmentadas o meramente infraestructurales de cada establecimiento. Sin desconocer la urgencia de las condiciones materiales, el horizonte debe ampliarse hacia transformaciones estructurales. Es imprescindible problematizar el sistema de financiamiento, cuestionar la lógica de subvención por asistencia y discutir los efectos de una arquitectura que ha privilegiado la competencia por sobre la colaboración. La visión de mercado -que concibe la educación como un bien transable y a las comunidades escolares como oferentes y demandantes- ha permeado no solo la política pública, sino también la cultura escolar.

Ese paradigma, centrado en la competencia, la estandarización y la rendición de cuentas cuantitativa mediante pruebas y rankings, ha desplazado el sentido formativo de la educación. La obsesión por los indicadores ha tendido a reemplazar el aprendizaje significativo y equitativo por la búsqueda de resultados medibles. En ese marco, la educación pública ha debido competir en

condiciones desiguales, debilitando su tejido comunitario y su vocación integradora.

Reconstruir el sentimiento colectivo del movimiento estudiantil debe ser otro de nuestros enfoques. Tras el ciclo posterior al estallido del 2019, nuestra generación experimenta una mezcla de expectativa y frustración. Muchos jóvenes perciben la política como un espacio distante o ineficaz. Frente a ello, el movimiento estudiantil debe ofrecer una experiencia democrática concreta: espacios de deliberación reales, decisiones colectivas y participación sustantiva. La democracia no puede ser una abstracción; se aprende ejerciéndola.

Otro desafío es disputar el sentido de la educación pública en un contexto de crisis de legitimidad institucional. El modelo heredado de la dictadura y administrado en democracia instaló la competencia como principio organizador del sistema. Aunque reformas recientes como la creación de los Servicios Locales de Educación han buscado corregir distorsiones, en la promesa de fortalecimiento estructural aún queda por cumplir. Defender la educación pública no es un gesto nostálgico, sino una apuesta estratégica por la cohesión social y la igualdad republicana.

Para el movimiento estudiantil, la tarea no se agota en exigir más recursos. Se trata de impulsar una transformación cultural: promover una educación que forme sujetos críticos, capaces de comprender las estructuras de desigualdad; que privilegie la colaboración por sobre la competencia; que fomente el pensamiento complejo por sobre la memorización mecánica; y que practique la participación democrática por sobre la verticalidad autoritaria. Esa disputa es pedagógica y política al mismo tiempo.

Un nuevo desafío radica en la articulación intergeneracional y territorial. El Instituto Nacional no puede pensarse como una isla ni como un símbolo autosuficiente. El centralismo histórico de Chile también se repro-

duce en el movimiento estudiantil. Si aspiramos a transformaciones profundas, debemos tejer alianzas amplias con liceos técnicos, escuelas rurales, establecimientos de diferentes regiones, estudiantes universitarios, docentes y trabajadores de la educación. La defensa de la educación pública exige coordinación, generosidad y una visión que trascienda los límites de cada comunidad.

Proyectar al porvenir

Finalmente, debemos reencantar a una generación marcada por crisis sociales, sanitarias, económicas y climáticas, que han erosionado las certezas del futuro. La violencia escolar y el individualismo no pueden abordarse únicamente desde la sanción; requieren reconstruir vínculos y horizontes compartidos. El movimiento estudiantil tiene la tarea de demostrar que la organización colectiva no es sinónimo de caos, sino de responsabilidad democrática.

Desde el Instituto Nacional, con más de dos siglos de historia, sabemos que el simbolismo no basta. La tradición sólo adquiere sentido cuando se proyecta hacia el porvenir. El movimiento estudiantil chileno se encuentra ante una encrucijada: replegarse ante el desencanto o asumir la tarea de inaugurar un nuevo ciclo, más reflexivo, más crítico y más propositivo.

No se trata de repetir consignas del pasado, sino de comprender que el debate educativo es, en esencia, un debate sobre el tipo de sociedad que queremos construir. Si la educación continua regida por la lógica del mercado, reproducirá desigualdades. Si logramos reorientarse hacia el bien común, podrá convertirse en un espacio de encuentro, pensamiento crítico y justicia social. Ese es el desafío que enfrentamos. Y es, también, la responsabilidad histórica de nuestra generación. ■

* Presidenta del Centro de Estudiantes del Instituto Nacional 2026